

FLORENCIA BONELLI

La Casa Neville

Yo soy el viento



FLORENCIA BONELLI

LA CASA NEVILLE

Tercera Parte
Yo soy el viento

Capítulo I

Diciembre de 1834. San José de Flores, dos leguas al suroeste de Buenos Aires.

Después de tantos meses de espera, por fin Antonino Reyes le presentaría a su patrón, el todopoderoso Juan Manuel de Rosas, que se había exiliado voluntariamente en la estancia de un amigo, un tal Terrero, distante a dos leguas de la ciudad.

Estaba nervioso. Tanto había oído decir acerca del brigadier Rosas, que lo imaginaba una especie de titán. En el carruaje, además de él y de Reyes, venía un francés, un tal Federico Coret, también empleado de Rosas, que aprovechaba el viaje para visitar al jefe, como lo llamaba. Era un hombre más dispuesto a interrogar que a responder, por lo que se cuidó de hablar demasiado. Había aprendido que Buenos Aires era un polvorín construido sobre la desconfianza, los odios y las traiciones, y cualquier chispa, por pequeña que fuese, podía hacerla explotar. Tenía que moverse con cuidado.

En la casona del típico estilo colonial que ya le resultaba familiar, Rosas salió a recibirlos con un aire relajado, acentuado por los ropajes de hombre de campo —una camisa liviana dado el calor y esa extraña prenda blanca, que usaban a modo de pantalón, llamada chiripá—, y con un mate en la mano. Les destinó un saludo cordial.

—Excelencia —Antonino Reyes tomó la palabra—, le presento al agente de la Casa Neville, Lucius Murray.

Rosas le estrechó la mano con un apretón doloroso. Era fornido, de espaldas anchas, piel rubicunda, rasgos fuertes, aunque armoniosos, y una espesa cabellera de una tonalidad rubio ceniza. Ya de cerca, advirtió que sus ojos azules apenas se veían, pues los párpados los celaban. Rosas sonrió y se mostró afable, pero a él no lo engañaba; detrás se escondía el político al que la gente temía.

Ocuparon unas sillas de mimbre en la galería que circundaba la casa. Una jovencita pobremente vestida, pero pulcra, cebaba el mate de plata labrada. Se lo pasó al francés Coret, que lo bebió con gusto.

—Me ha dicho mi mujer Encarnación que es usted de fiar, don Murray —afirmó Rosas con un vozarrón grave que, era evidente, le servía como un arma.

—Estoy a su disposición y a la de su estimada esposa, excelencia —respondió en su recién adquirido español con un evidente acento inglés.

—¿En qué puedo serle útil, muchacho?

—He viajado desde Londres meses atrás para ocuparme de un asunto de mi jefe, el señor Julian Porter-White, yerno de sir Percival Neville.

—Ajá —respondió Rosas.

—Mi jefe, el señor Porter-White, está llevando adelante el proyecto de explotación del cerro Famatina, en la provincia de La Rioja.

—Lo sé —dijo Rosas—. Las autoridades firmaron la papeleta tiempo atrás. El buen Reyes —lo señaló a su lado sin mirarlo— la llevó a Londres. ¿Cómo va ese tema? Con lo de la campaña al desierto y las desgracias que caen sobre este país no he tenido tiempo para ocuparme.

Murray tragó el nudo que repentinamente se le formó en la garganta.

—Verá, excelencia, el proyecto sigue en pie y el señor Porter-White está llevando a cabo las diligencias necesarias para...

—Vaya al grano, mi amigo. El tiempo es poco.

—Sí, excelencia. El problema es que el duque de Guermeaux...

—¿Roger Blackraven? —lo interrumpió Rosas con una severidad repentina.

—El mismo. Pues el señor duque y el general Quiroga se han asociado para explotarlo, el Famatina —aclaró—. El duque se niega a reconocer el acuerdo preexistente que su excelencia celebró con la Río de la Plata Mining & Co.

La jovencita le pasó el mate al patrón, que lo recibió y se echó hacia delante para sorberlo con una sonora chupada a la bombilla. Los ojos de Rosas se fijaron en un punto de los mazaries de la galería mientras disfrutaba la infusión o meditaba la noticia, Murray no habría sabido discernir.

—Blackraven afirma contar con la aprobación del gobierno riojano —intervino Reyes—. Sostiene, en cambio, que Buenos Aires carece de jurisdicción...

Se detuvo cuando Rosas elevó la mano para acallarlo.

—¿En qué estado se encuentran los preparativos para la explotación?

—Estoy esperando la llegada de los mineros y de la maquinaria de Inglaterra, excelencia —se apresuró a responder Murray, aunque en realidad no tenía la confirmación de Porter-White—. Desconozco la fecha exacta. Estimo que en un par de meses, tres a lo sumo.

—¿Trajo con usted la garantía que solicité de la Casa Neville?

El rostro de Murray adquirió una tonalidad encarnada. Rosas lanzó una risotada.

—Su cara se ha puesto roja. ¿Haciendo honor a la santa Federación? —se burló, y Murray soltó una risita forzada.

—Siempre, excelencia —aseguró, y acarició la cinta obligatoria, de un color rojo oscuro, que llevaba cosida a la manga de la chaqueta con el lema «Federación o muerte».

—No hemos conseguido la garantía de la Casa Neville, excelencia —terció Reyes, y Murray le lanzó un vistazo agradecido.

—Sucede que sir Percival es muy amigo del duque de Guermeaux y no desea... —se detuvo, dudoso de la palabra que debía emplear.

—No desea un conflicto —volvió a asistirlo Reyes.

—Su hija menor, Manon Neville, se desposará con el hijo mayor del duque —agregó Murray.

Rosas, que fijaba la vista en el suelo y asentía con aire reconcentrado, alzó la cabeza repentinamente.

—¿La casa de Neville y la casa de Guermeaux asociadas por un matrimonio?

—Sí, excelencia —confirmó Murray.

Tras un silencio en el que Rosas lo paralizó fijándole la mirada, el antiguo gobernador de Buenos Aires se puso de pie y dio por terminada la reunión.

* * *

Federico Coret observaba a Murray y a Reyes, que se dirigían hacia la galera en la que habían llegado. Él pasaría la noche en la estancia de Terrero; tenía muchas cuestiones que resolver con el jefe. Sin apartar la mirada del coche que se alejaba por el camino polvoroso, comentó:

—Esos dos titanes, Neville y Guerneaux —aclaró—, unidos por la sangre serán de temer, ¿verdad, excelencia?

—Ya lo creo, Coret —replicó Rosas, y guardó silencio mientras estudiaba la correspondencia que el francés le había llevado.

Había una misiva de Encarnación, su esposa; la leería, pero de seguro no la respondería. Juntaba tres o cuatro antes de sentarse a escribirle. Lo abrumaban sus cartas, llenas de quejas y de exigencias, aunque debía admitir que pocos de sus colaboradores poseían la temeridad, la resolución y la inteligencia de esa mujer menuda de casi cuarenta años. Ella sola había provocado y dirigido la revuelta del 33 para proteger su posición de poder en la ciudad. La creación del círculo de adeptos, bautizado Sociedad Popular Restauradora, era otra invención genial de Encarnación con la que perseguían e intimidaban a los federales tibios, también llamados «lomos negros», que querían organizar el país bajo una constitución nacional y negociar con los unitarios.

Rosas y Coret cenaron solos. Conversaban acerca de la postura inflexible que mantenía la Asamblea de Representantes, decidida a negarle los poderes especiales que Rosas exigía para convertirse en gobernador.

—Se ha demostrado que dirigir a estas gentes sin una mano dura es imposible —alegó.

—Imposible, excelencia —acordó Coret.

—Si no me conceden el poder para hacer y deshacer, no aceptaré volver al fuerte en carácter de gobernador. Se precisa una mente clara que sea capaz de tomar las decisiones por todos.

—Los necios de la Asamblea no lo entienden así, excelencia —le recordó el francés—, ni siquiera cuando les enviamos a los de la Sociedad Popular a sus casas para que entren en razón.

Rosas se llevó un trozo de carne a la boca y lo masticó lentamente, la vista fija hacia delante. El francés no se atrevió a interrumpir su cavilación.

—¿Y cómo anda mi amigo Juan Facundo? —preguntó de repente.

—El general Quiroga ahí anda, con su dolor de huesos a cuesta. Braulio Costa lo tiene muy bien acomodado en su casa, a él y a su familia —añadió.

—Hace tiempo que no me escribe. Por ejemplo, no me ha contado lo de su acuerdo con Blackraven para explotar el Famatina. ¿Y qué anda diciendo por estos días mi buen amigo acerca del país? —preguntó con solapado interés.

—Lo de siempre, excelencia. Que sin una organización nacional, sus provincias, las que le responden fielmente, todas pobres y maltratadas, perecerán.

Rosas masculló un asentimiento y siguió comiendo.

—Y de la provincia de Córdoba, ¿qué dice?

Federico Coret soltó un bufido.

—Ese es un tema que levanta ampollas, excelencia. El general Quiroga sostiene que fue ultrajado cuando no se le concedió la gobernación de Córdoba. Según él, le correspondía por derecho bien ganado. Detesta a los hermanos Reynafé por ello.

—Y también detesta a mi amigo el general Estanislao López, que fue quien los puso en la gobernación de Córdoba —añadió Rosas, y buscó con la mirada la ratificación de su colaborador.

—Al general López, excelencia, lo detesta por partida doble: por la trastada que le hizo con lo de Córdoba y porque le robó su caballo, ese al que llaman el Moro. Realmente lo desprecia —remarcó.

Rosas apartó el plato al terminar de comer y se repantigó en la silla. Se llevó las manos al estómago, que se había abultado en los últimos tiempos.

—¿Sabe qué le digo, querido Coret?

—Mande, excelencia.

—Usted me va a hacer un servicio, que redundará en beneficios para la patria. Se me va a Córdoba y me le susurra en voz muy baja a su amigo Calixto Rodríguez que es preciso que hable con el gobernador Reynafé y que lo convenza de barrer de la escena al general Quiroga antes de que el Tigre de los Llanos lo barra a él. Más temprano que tarde, las ocho provincias bajo la bota de Quiroga invadirán Córdoba para anexarla a lo que mi amigo Facundo llama «la federación quirogana» —dijo con tono de sorna y una sonrisa irónica— y los pasará a

degüello a los tres hermanos Reynafé. Susúrrselo a Calixto Rodríguez, porque tiene que ser solo para sus oídos, pero al mismo tiempo dígaselo claramente. Sí, señor —masculló Rosas como si hablase para sí—, de ese modo terminará el pastel si los Reynafé no toman el toro por las astas y se ocupan de Quiroga.

Coret alzó las cejas en incontenible sorpresa, pero enseguida se controló. Asintió.

—Entre los ministros de la gobernación cordobesa, mi amigo Calixto es el que posee el mayor ascendiente sobre el gobernador Reynafé —declaró.

—Lo sé, Coret, lo sé —masculló Rosas.

* * *

Aldonza Ruiz pensaba rápidamente y en varios asuntos al mismo tiempo mientras caminaba deprisa hacia la puerta principal de la casa de Daniel Neville después de que la hubiesen mantenido encerrada en la biblioteca durante media hora, y todo para impedir que corriese a la calle y alertase a Thibault Belloc de la trampa que les habían tendido a ella y a su nieta Manon. Ahora ya era tarde; Manon estaba fuera de su alcance.

Avanzaba por la casa penumbrosa. La apabullaba el mutismo ficticio y ensordecedor. Sabía que no estaba sola; sus enemigos se encontraban allí, al acecho. Temió que le impidiesen salir, o peor, que la asesinasen. No le importaba morir excepto por Manon. No la abandonaría en su hora más triste. Imaginarla en manos del corrupto doctor James Monro, el director de Bedlam, el asilo para lunáticos, la perturbó con tanta violencia que trastabilló y debió sujetarse al marco de una puerta. «¡Vamos!», se urgió, inclemente. «¡Sal de aquí y piensa bien los siguientes pasos!».

El mayordomo, el único doméstico con el que se topó en su huida, la aguardaba en el recibo. Se inclinó ante ella y le abrió la puerta. Aldonza salió fuera y llamó a gritos a Belloc, que saltó del pescante y se aproximó a toda prisa, la expresión ceñuda del que sabe que recibirá una mala noticia.

—¿Dónde está Manon? —la interrogó sin más—. ¿Dónde está mi niña?

—¿Se la llevaron, Thibault! ¡Me la arrancaron de las manos y se la llevaron!

El gascón, inconsciente de sus actos, la aferró por los hombros y la sacudió.

—¿Dónde se la llevaron? ¡No la vimos salir! ¡Dónde, señora Aldonza! ¡Dónde!

—Calmémonos, Thibault —propuso la mujer—. Sube conmigo al coche e iré contándote en el camino. Vayamos a Burlington Hall. ¡Deprisa!

Belloc le dio indicaciones a su joven colaborador Jack Sweeney, que se hizo de las riendas y se aprestó para conducir el carruaje a la casa de los Neville. Los otros dos, Peter Robinson y David Mayo, treparon al pescante con semblantes sombríos. El capitán Alex les había encomendado la protección de su prometida y le habían fallado.

—Se la llevaron a Bedlam —informó Aldonza no bien Thibault cerró la portezuela y dio la orden de arrancar.

—¡Bedlam! —se horrorizó el gascón.

—Allí estaba el médico que visitó a Manon las tres veces que sufrió las alucinaciones. Es James Monro, el director de Bedlam. Nos tendieron una trampa, Thibault. Lo de Timmy fue una trampa bien urdida. Sabían que, apenas supiese que su tío Daniel se lo había llevado del hospicio, Manon saldría como loca a buscarlo. Estaban esperándonos en la biblioteca.

—¿Quiénes? —exigió saber Belloc.

—Sus tíos, los tres —aclaró con una nota dura—, David, Daniel y Leonard —enumeró sin necesidad—. No faltaban sus esposas, las harpías Charlotte y Louisa, ni la Serpiente, por supuesto.

—¡Maldito, maldito Porter-White! ¡Debí acabar con él tiempo atrás! Ah, cuando le ponga las manos encima...

—También estaban Alba y Alexandrina —prosiguió Aldonza—. Todos (Alba, Alexandrina, Leonard y la Serpiente), todos —subrayó— han conjurado en su contra, pobre ángel mío. Todos han declarado que está loca. Y ese maldito de James Monro lo ha ratificado.

—A ese matasanos del demonio, al tal James Monro, lo trajo la Serpiente —acotó Belloc, más sereno, aunque con una actitud

determinada—. Él fue a buscarlo cuando Manon comenzó a delirar. Lo tenía todo preparado.

—Cuando estaban por llevársela, David ordenó que la sacaran por la puerta trasera para evitar toparse contigo. A mí me mantuvieron encerrada una media hora, calculo, para evitar que te alertase y que tú fueses detrás de ella. —La mujer se cubrió el rostro y soltó un grito más iracundo que angustiado—. Podría matarlos a todos con mis propias manos.

—Déjeme ese placer a mí, señora Aldonza. ¿Qué haremos?

—Iremos a Burlington Hall, pero solo para recuperar las bolsas con dinero. No podremos quedarnos allí. Es muy peligroso.

Belloc acordó con un asentimiento antes de sugerir:

—Pidamos asilo en Blackraven Hall. La señora Jago...

—Sé que Anne-Rose nos recibiría con gran hospitalidad, pero es un sitio demasiado evidente. Plantarían una guardia para que siguiese nuestros movimientos. Necesitamos un lugar donde no se les ocurriría ir a buscarnos. Necesitamos libertad para movernos, ¿entiendes, Thibault? Necesitamos libertad para planear el mejor modo de rescatar a Manon.

—¿Está pensando en algún hospedaje, en un hotel tal vez?

—Estoy pensando en el sombrerero Harris.

* * *

El traqueteo de las ruedas de ese extraño carro la crispaba. Era un cubo de madera completamente cerrado a excepción de un ventanuco enrejado. Un olor nauseabundo le dificultaba aún más la respiración, ya limitada por la mordaza y por la constricción a la que la sometía la peculiar prenda que le habían puesto alrededor del torso, con los brazos hacia atrás; no podía moverlos una pulgada. Iba sentada en una tabla pegada a los adrales del carro. Los dos hombres que la habían reducido en la biblioteca de su tío Daniel se ubicaban frente a ella. Sobre sus cabezas se hallaba la única abertura con rejas. La noche iba cayendo, inexorable, sobre Londres. Y sobre su vida.

No conseguía emerger del estupor en el que había caído tras hallar a su familia complotada para destruirla. Aunque el cerebro detrás de

la conjura era su cuñado Porter-White, sus tíos y sus tías, su cuñada Alexandrina, la hermana de Porter-White, todos se habían convertido en las piezas necesarias para llevar adelante el plan que les permitiría hacerse de la administración de sus bienes. Pese a la ofuscación que la dominaba, comprendía cabalmente el objetivo de la intriga, que no era otra cosa que la respuesta a su estrategia de testar a favor de la Asociación de Amigos Hospitalarios.

Pensó en Alexander, y la mirada se le enturbió. Ya no eran lágrimas de ira, ni de rabia, ni de humillación, sino lágrimas nacidas de la profunda tristeza que la abatió tras recordarlo. ¿Volvería a verlo?

—Qué suculento bocadito —masculló uno de los guardias, el que la había manoseado sin necesidad mientras la enfundaba en la extraña camisa.

—Está en los huesos —rebatía el otro.

—Pero el hecho de que nos follaremos a la futura duquesa de Guermeaux compensa la falta de carnes.

—Dudo de que llegue a convertirse en la duquesa una vez que su prometido se entere de que está como para llevarla a las gaviás.

—¡De hecho, estamos llevándola! —se burló el otro, y los dos soltaron carcajadas vulgares.

El diálogo le inspiró un miedo como pocas veces había experimentado. Se puso de pie y se movió hacia la puerta del carro, cerrada con una traba. La pateó en un intento vano por abrirla. Los guardias la sujetaron por detrás y la redujeron fácilmente. El libidinoso le propinó una bofetada de revés que la dejó por tierra y enceguecida. Tuvo deseos de vomitar, pero nada salió de su estómago vacío.

El carro se detuvo abruptamente, y ella se mecía en el suelo. La levantaron con la consideración que habrían destinado a un saco de patatas. Seguía mareada, y un latido punzante y doloroso le ocupaba el costado del rostro, donde el guardia la había golpeado. La ayudaron a descender con movimientos bruscos.

El edificio de aspecto fantasmagórico, que se recortaba en el cielo de un profundo gris oscuro, le causó un pánico visceral. De su garganta ya lastimada emergieron gritos, que pese a la mordaza, resultaban desgarradores. Se sacudió en un esfuerzo inútil por zafar de las garras

de esos dos miserables, que la sujetaron para elevarla varias pulgadas sobre el suelo y transportarla dentro del asilo.

Manon alzó la vista y descubrió, talladas en la clave del arco de ingreso, las ominosas palabras «Bethlem Royal Hospital». Nadie lo conocía por ese nombre; toda Londres lo llamaba Bedlam.

* * *

Aldonza y Thibault salieron de la casa del sombrerero Harris, un apartamento en Cork Street, en cuya planta baja había funcionado la sombrerería. En el presente, el negocio se encontraba en un lujoso local del Royal Exchange, que los Harris habían adquirido gracias a la ayuda de Manon.

Subieron al carruaje. Sweeney, Robinson y Mayo habían cubierto con pintura negra la insignia de los Neville impresa en ambas portezuelas; necesitaban pasar inadvertidos. Llegaron a la City en menos de veinte minutos; los sábados por la tarde las calles del distrito financiero de Londres se vaciaban y reinaba una anormal quietud. Emplearon la entrada trasera para acceder a la cantina del famoso pugilista Daniel Mendoza, donde también funcionaba su academia de boxeo. Mendoza los saludó con respeto y les destinó una mirada cargada de preocupación.

—Por aquí —indicó, y los acompañó hasta una salita privada.

Apenas cruzaron el umbral, Edward Jago y su socio, el abogado Ernest Ruffus, se pusieron de pie. Aldonza, mujer práctica y sensata, quiso ir enseguida al grano.

—¿Cuándo podremos sacarla de Bedlam? —preguntó—. Hace dos días que mi nieta está encerrada en ese infierno.

—No será tan fácil, señora Aldonza —admitió Ruffus—. La trampa ha sido bien urdida. La sentencia que declara a Manon *non compos mentis* ha sido correctamente dictada de acuerdo con los testimonios y el diagnóstico médico.

—Ayer nos presentamos en los juzgados de Old Bailey —terció Jago— y solicitamos ver el expediente. Allí pudimos leer la sentencia. El juez declaró la insania y ordenó que se la encerrase en Bedlam basado en la opinión del médico más reputado en materia de demencia.

—James Monro —masculló Thibault, y Edward asintió.

—¿Quién es el juez? —preguntó Mendoza.

—El ya conocido sir Theodore Blansfield —apuntó Ernest Ruffus.

—El mismo que intervino en la causa de Alex —acotó Jago.

—¡Maldito! —se ofuscó Belloc—. ¡Corrupto!

—Ese trabaja para Porter-White —afirmó Aldonza—. Pero no nos vayamos del tema. ¿Qué podemos hacer nosotros para impugnar la decisión del juez?

—Estamos preparando un doble golpe —dijo Edward Jago—. Por un lado, apelaremos la decisión del juez para revocar la declaración de insania de Manon y por el otro, denunciaremos en el Tribunal de la Cancillería el complot de su familia para despojarla de la administración de sus bienes. Para ambos procedimientos nos servirá la asistencia de un médico especializado en cuestiones de demencia y alteraciones mentales. —Extrajo el reloj de su chaleco y lo consultó—. Dennis Fitzroy está al llegar. Prometió venir con un médico, un amigo suyo, que se ocupa de estos temas.

—Quiero a Manon fuera de Bedlam —declaró Aldonza—. No soporto imaginarla en ese pozo ciego. Estoy volviéndome loca. Mi nieta en manos de esos inescrupulosos —dijo, y se calló, de pronto dominada por un quebranto impropio en ella.

—Señora Aldonza —tomó la palabra el abogado Ruffus—, mi socio y yo queremos ser francos con usted: sacar a Manon de Bedlam no será fácil. —Un ominoso silencio ocupó la pequeña sala—. Su familia se ha movido hábilmente. Tienen a la ley de su parte.

—¿De cuánto tiempo estamos hablando? —preguntó Thibault.

—Semanas —respondió Jago—. Tal vez meses.

Aldonza ahogó un sollozo y se cubrió la boca. Llamaron a la puerta. Mendoza se apresuró a abrir. Se trataba del cirujano Dennis Fitzroy, un cuáquero de corazón bondadoso y de férreos principios morales, que Manon había colocado al frente del hospital para pobres, construido con los fondos de la Asociación de Amigos Hospitalarios. Lo acompañaba un hombre de unos cuarenta años, alto y delgado, con facciones toscas que se contraponían a la suavidad de su mirada. Era el doctor Gerard Craig. Al saludar, Craig evidenció su origen escocés a causa del duro acento y que era cuáquero.

—Amiga Aldonza, Dennis me ha contado todo acerca de tu nieta Manon. Estoy aquí para ayudarte.

—Gracias, doctor Craig.

Fitzroy, que se había reunido el día anterior con Aldonza y Belloc en la casa del sombrerero Harris, tomó la palabra.

—Gerard es de mi misma opinión: Manon fue envenenada con cornezuelo, que provoca alucinaciones.

—¿Qué es el cornezuelo? —preguntó Edward Jago en nombre de todos.

—Un hongo parasitario del centeno —respondió Craig—. Su consumo prolongado provoca una enfermedad, el ergotismo o fuego de San Antonio. Causa la muerte. Uno de los síntomas son las alucinaciones. Suele confundirse con la demencia.

—Manon jamás come pan de centeno —declaró Aldonza—. Lo detesta desde pequeña.

—El cornezuelo puede adquirirse en alguna que otra botica —explicó el doctor Craig—. Se usa para provocar abortos. Si estamos hablando de un complot, pudieron suministrárselo a través de las comidas o de las bebidas. Basta muy poco para inducir a un estado de locura.

Aldonza dejó caer los párpados e inspiró profundamente.

—Sí —confirmó—, de ese modo la envenenó su ayuda de cámara, colocándolo en la infusión de valeriana que le preparaba cada noche. En verdad mi nieta parecía loca.

Los abogados Jago y Ruffus hablaron con el médico escocés acerca de la estrategia que emplearían para liberar a Manon y del modo en que él podía ayudarlos.

—¿Creen que sería conveniente que la prensa supiese el estado de las cosas? —preguntó Belloc, la mirada fija en Edward Jago, hermano de Goran, uno de los periodistas más reputados de Londres.

—Podría ser un arma de doble filo —opinó el abogado Ruffus—. La locura siempre es un tema que causa rechazo en la opinión pública.

—De acuerdo con lo que me ha contado el amigo Dennis —intervino el doctor Craig—, Manon es una joven muy peculiar, que lleva una vida fuera de las convenciones de la clase a la que pertenece. —Guardó

silencio y fijó la vista en Aldonza, que se limitó a asentir—. Transgredir los principios y los valores de la clase alta se asocia con la locura, y la locura con el confinamiento.

—Además —apuntó Dennis Fitzroy—, existe un prejuicio en contra de las mujeres. La demencia y la condición de mujer parecen ser la misma cosa para muchos académicos.

—¡Como si el ministro Castlereagh no hubiese perdido la cordura en el 22 y se hubiese degollado con un cortaplumas! —se quejó Jago en una infrecuente muestra de enojo.

—Y no te olvides del rey Jorge, loco como una cabra —acotó Ruffus.

—Ya —acordó el doctor Craig—, pero así están las cosas. Tenemos que movernos con cuidado.

—Si esto es así —adujo Daniel Mendoza—, estoy seguro de que los Neville darán a conocer la noticia del encierro de Manon, conscientes de que tendrán a la opinión pública de su parte. Ya hubo un artículo del tal Disraeli que insinuaba la posibilidad de que la señorita Manon no estuviese bien de la cabeza.

—Lo leí —admitió Edward—. Pero Manon no es *solo* una joven de la aristocracia, Dani —le recordó—. Manon es la prometida del futuro duque de Guermeaux y la ahijada del duque de Wellington, sin mencionar que su tío, el príncipe de Talleyrand, la adora. Se cuidarán de exponerse innecesariamente.

—Pero la cuestión es demasiado grave e importante para que no llegue a la prensa tarde o temprano —razonó Mendoza—. Manon fue encerrada el jueves por la tarde. Su ausencia de ayer y de hoy en la bolsa ha despertado toda clase de suspicacias. El mercado ha quedado muy sensible tras la muerte de sir Percival. Están atentos a cualquier anomalía.

—Dejemos de lado la prensa por un momento —propuso Ruffus—. Concentrémonos en las demandas que presentaremos el lunes en Old Bailey y en el Tribunal de la Cancillería.

Después de una conversación en la que la jerga legal y la médica excluyeron a Aldonza, esta se dirigió a Gerard Craig.

—Doctor, no me ahorre nada y dígame qué están haciéndole a mi nieta en Bedlam. Quiero saber —insistió ante la mirada compasiva del cuáquero.

—Es un sitio terrible, amiga Aldonza —le confió tras un mutismo pesaroso—. Muchos estamos levantando las voces en contra de lo inhumano que es el trato que se brinda a los enfermos en ese sitio.

—Sí, sí —se impacientó Aldonza—, pero ¿qué están haciéndole a mi nieta?

—Lo más probable es que la tengan dopada la mayor parte del día suministrándole opio. O bien obligándola a ingerir grandes cantidades de infusión de sen o de aceite de castor, que causan diarrea y vómito hasta el límite de la extenuación. Los mantienen débiles, esa es la manera en que los controlan.

* * *

El cirujano Fitzroy y el doctor Craig se habían retirado. Un silencio cargado de pesimismo ocupó la escueta habitación. Se oían los sonidos provenientes de la cantina —las carcajadas de los clientes, la charla incesante, el sonido de la vajilla, las órdenes vociferadas de los camareros—, que profundizaban el mutismo en el que habían caído los ocupantes de la sala privada.

—Mi nieta no soportará mucho tiempo dentro de ese hueco infernal —dijo Aldonza con voz firme—. Tenemos que rescatarla a como dé lugar.

—Señora Aldonza —tomó la palabra el abogado Ernest Ruffus—, le pido prudencia. Una medida tan radical como esa traería graves consecuencias desde el punto de judicial.

—Señor Ruffus, me importa un cuerno —declaró la anciana—. Si me siento a esperar las decisiones de los jueces corruptos de Old Bailey solo obtendré una cosa: el cadáver de Manon. —Se alzó un murmullo entre los hombres—. Manon está débil y muy delgada. El sufrimiento por las tres pérdidas que padeció en los últimos meses imprimió una honda huella en su cuerpo y en su espíritu. No sobrevivirá a una tortura como la que el doctor Craig acaba de describir. Si ustedes, dada su posición de abogados, no quieren participar de esto, les ruego que se retiren. No hay tiempo que perder.

Los socios compartieron una mirada elocuente y decidieron quedarse. Aldonza hizo un seco asentimiento con la cabeza, tras lo cual alternó miradas con Thibault Belloc y Daniel Mendoza.

—Quiero que concierten una entrevista con Jonathan Wild —exigió la anciana—. Él es el único que puede ayudarnos en estas circunstancias.

* * *

Dos días más tarde, pasadas las diez de la noche, Aldonza y su fiel servidor Thibault Belloc se dirigían hacia la zona conocida como Wapping, el barrio de los marineros. Belloc iba sentado frente a la butaca ocupada por la señora Aldonza, que estudiaba una llave con reconcentrada atención.

—¿Y esa llave? —se interesó Belloc—. ¿Qué abre, señora Aldonza? La mujer soltó una risita irónica y la levantó para mostrársela.

—Abre la caja fuerte que la Serpiente hizo instalar en el dormitorio de su hermana Alba. Ahora que por fin la he conseguido no nos sirve para nada.

—¡Oh! —se asombró el gascón—. No sabía que le hubiese echado el guante.

—Lo hice demasiado tarde. No conté con el tiempo suficiente para abrirla.

—¿Dónde la encontró?

—Alba la llevaba a todas partes con ella —le explicó—, por eso nunca dieron resultados nuestras búsquedas en su habitación. La escondía en una bolsita cosida al cubrecorsé. Creerá que la ha perdido, que el peso de la llave agujereó el lienzo. —Aldonza se encogió de hombros y sonrió con una mueca triste—. Pero como te decía antes, querido Thibault, de nada sirve.

—Servirá, señora Aldonza —la contradijo el hombre—. Algún día servirá. Este atropello no quedará impune y nos vengaremos de todos los que han atentado contra mi niña.

Aldonza se inclinó hacia delante, palmeó la mano de Belloc y sonrió con melancolía.

—Así será, Thibaudot, así será.

Pocos minutos más tarde, llegaron a la famosa taberna del barrio de Wapping, The Prospect of Whitby, la más antigua de Londres. Aldonza percibió el olor nauseabundo que, junto con la bruma, ascendía desde

el Támesis. Se cubrió la nariz con un pañuelo perfumado, que mantuvo al entrar en el local. Daniel Mendoza y Edward Jago les salieron al encuentro. Mendoza los condujo escaleras arriba. Belloc conocía bien el recorrido que conducía a la habitación en el piso superior. Allí los esperaba Jonathan Wild, el rey del inframundo londinense.

—Señora —dijo Wild, y se inclinó delante de Aldonza con sincero respeto—, es un honor volver a verla.

—El honor es mío, señor Wild. Gracias por aceptar reunirse con nosotros con tan poco tiempo de aviso.

—Estoy a su servicio, señora —aseguró el delincuente, y le señaló una silla. Esperó que la anciana la ocupase antes de sentarse del otro lado de la pequeña mesa—. Imagino que esta reunión se relaciona con lo que publicaron ayer lunes los periódicos acerca de la salud mental de su nieta.

—Todas patrañas, señor Wild.

—No lo dudo, señora. Pero lo cierto es que la Formidable Señorita Manon está prisionera en Bedlam, por lo que deduzco que sus parientes actuaron con mucha astucia.

—Nos tendieron una trampa bien pergeñada. Hace cinco días que mi nieta está en manos de ese perverso doctor James Monro. Sufro imaginando los tormentos a los que está sometiéndola. Temo por su vida.

Wild, inusualmente circunspecto, asintió.

—Su temor, señora Aldonza, no es exagerado. ¿En qué puedo serle útil?

—Quería pedirle su ayuda para rescatar a mi nieta de ese infierno. —Aldonza se quedó mirándolo con fijeza; en sus cansados ojos era fácil adivinar la aflicción que padecía—. Usted es el único que puede hacerlo, señor Wild.

El famoso delincuente apartó la vista de la anciana y la posó primero en Belloc, luego en Edward Jago, por último en Mendoza. Los tres parecían contener la respiración mientras aguardaban la respuesta.

—Señor Wild —retomó Aldonza—, sé que lo que estoy pidiéndole no es fácil, pero...

Se calló al ver que Wild alzaba una mano.

—Lo haré, señora Aldonza —anunció, y la anciana sonrió con alegría por primera vez en mucho tiempo—. Pero no será fácil. Necesitaré

planearlo bien. Precisaré armas y muchos hombres. Necesitaré también sobornar a uno o a varios empleados de Bedlam. Necesito los planos del edificio... En fin, no será una empresa sencilla.

Aldonza extrajo del bolsillo de su dominó un talego con monedas y lo depositó sobre la mesa con una ruidosa determinación.

—Esto es solo un anticipo, señor Wild. Con él podrá adquirir lo que necesita para trazar el plan. Después me dirá cuál es la compensación que requiere por un servicio que es tan importante para mí y para Thibault.

Wild sacudió la mano en un gesto que pretendía subestimar la cuestión del pago.

—Ya nos pondremos de acuerdo —acotó—. Ahora lo único que cuenta es liberar de esa injusta encarcelación a la señorita Manon, la prometida de mi buen amigo, el conde de Stoneville.

—Señor Wild —habló Belloc por primera vez—, Dani y yo queremos formar parte del grupo que asalte el edificio de Bedlam. Quiero estar al frente con usted, señor.

—Será un honor pelear junto a un antiguo artillero del emperador Napoleón —afirmó Jonathan Wild con el espíritu burlón por el que era famoso en los bajos fondos.

* * *

Julian Porter-White ocupaba el escritorio que había pertenecido a sir Percival y, desde esa ubicación, observaba el amplio despacho que siempre había codiciado ocupar. Lo invadía una emoción única, inexplicable. Por fin había logrado su objetivo: era el nuevo director de la Casa Neville y el presidente del Consejo de Administración. Deseó tener a su padre frente a él para echarle en cara su inmenso logro. «Soy el hombre más potente de la City, padre. ¿Te atreverías a llamarme un bueno para nada, un inútil?». Se le esfumó la sonrisa al evocar la expresión de William Porter-White el día en que lo halló en el sótano de la tienda haciendo el amor con su hermana. Ese era un pecado que jamás limpiaría a los ojos de su padre. No existía manera de enmendar su acción. Igualmente, no habría dejado a Alba por nada del mundo. «Ni siquiera por todo el oro Neville», se convenció.

La puerta del despacho se abrió repentinamente. Se puso de pie al ver entrar a su esposa Cassandra, que se detuvo de un modo abrupto cuando cayó en la cuenta de que ocupaba el escritorio que había pertenecido a su padre. Las comisuras de sus labios finos y sin gracia se elevaron lentamente en una sonrisa sarcástica.

—No has esperado un instante para hacerte del lugar de papá —dijo, y le destinó un vistazo que comunicaba con deliberada intención el desprecio que le inspiraba.

—Alguien tenía que hacerse cargo de este barco a la deriva. Tus tíos juzgaron que yo era el más adecuado para ponerme al timón.

—¡Esos tres cuervos despreciables! —soltó con una ira que le imprimió color a sus mejillas y le inyectó los pequeños ojos oscuros—. Traidores. Tú y ellos no son otra cosa que viles traidores. ¡Judas!

Porter-White rodeó el escritorio y caminó en dirección a su esposa, que retrocedió con un miedo evidente, pese al esfuerzo por ocultarlo.

—Cassie, no deseo pelear contigo —dijo, y estiró la mano para acariciarla.

—No te atrevas a llamarme Cassie ni a tocarme, maldito pervertido.

La palabra «pervertido» lo incomodó. Le dio la espalda para volver a su butaca.

—¿Cuándo has regresado de Bath? —preguntó simulando un tono banal.

—Acabo de llegar. Nos enteramos por los periódicos de que Manon fue recluida en Bedlam. Viajé apenas me fue posible.

Porter-White mojó la péñola en el tintero y se puso a firmar unas órdenes de pago.

—¿Y sir Alistair? —preguntó como al pasar—. ¿No ha viajado contigo?

—Mi abuelo sufrió otra apoplejía al enterarse de lo que tú y esos buenos para nada de mis tíos le han hecho a su nieta. Se quedó en Bath al cuidado de mis abuelos. Su estado es muy delicado.

—Oh, Cassie, cuánto lo siento.

Cassandra, furiosa por el tono burlón de Porter-White, caminó deprisa hasta el escritorio y se inclinó para hablarle a la cara.

—Manon siempre supo que eras una basura. A mí me tomó mucho más tiempo darme cuenta. Pero ahora lo sé. Sé que eres un pervertido.

Sé lo que existe entre tu hermana y tú. Los vi en París. Si no quieres que el mundo entero sepa de vuestra relación incestuosa, quiero que te ocupes de liberar a Manon en los próximos días. De lo contrario, le haré una visita al famoso periodista Goran Jago y le contaré todo lo que vi.

Cassandra le clavó una mirada venenosa. Él se la sostuvo, ya sin necesidad de máscaras. Se sentía libre, ligero. Sin embargo, no la subestimaría. Había cometido ese error en el pasado y se había equivocado. De hecho, no le conocía esa mirada. Era la primera vez que lo desafiaba.

—Hoy es viernes 23 de enero —señaló Cassandra—. Te doy una semana para que Manon recupere la libertad. El 30 quiero a mi hermana fuera de ese infierno al que tú y mis tíos la han arrojado. Estás advertido, Julian.

Dio media vuelta y se marchó a un paso veloz. Porter-White intentó seguirla, pero, al alcanzar el umbral del despacho, se topó con el irlandés Patrick O'Brian.

—¿Problemas conyugales? —preguntó con talante divertido mientras seguía con la vista a Cassandra, que descendía la escalera prácticamente corriendo.

—Está muy inquieta por la penosa situación de su hermana.

El semblante risueño de O'Brian cobró una sobriedad instantánea que le resaltó la enorme cicatriz que le surcaba el rostro desde el lado izquierdo de la frente hasta acabar en la nariz, por completo deformada.

—Terrible asunto —masculló—. Lo leí en *The Times*. Pobre muchacha —se conmisero el irlandés.

—No soportó las muertes de su hermano, su tía y su padre —justificó Porter-White—. Muy seguidas, muy dolorosas. El doctor James Monro asegura que es casi lógico que haya sufrido un quebranto nervioso. Las mujeres son por naturaleza muy frágiles en ese sentido.

—Perder a un ser querido es una dura prueba para nuestras facultades mentales, no importa si se es hombre o mujer —afirmó O'Brian—. Lo sé bien.

—Pasa, Paddy, pasa —lo invitó Porter-White.

Convocó a Nora, que se presentó enseguida. La joven se ruborizó ante la presencia del irlandés, que la saludó con una deferencia notable.

—¿Has horneado esas sabrosas galletas de jengibre? —la interrogó.

—Sí, señor O'Brian. Le traeré unas cuantas.

—Buena chica —masculló el irlandés una vez que Nora abandonó el despacho.

—Tengo que admitir que Manon poseía un buen ojo para la contratación del personal —comentó Porter-White—. Nora es un ejemplo de esa habilidad.

—También lo son Ignaz Bauer y Ross Chichister, según se dice por ahí. Los he visto a los dos trabajando como siempre. —El irlandés guardó silencio y lo miró a los ojos a la espera de una explicación.

—Son excelentes empleados —admitió Porter-White—. No tiene sentido despedirlos solo porque respondían fielmente a mi cuñada. Ahora lo harán conmigo. Están muy agradecidos por el hecho de que los he confirmado en sus posiciones. Más aún, Bauer seguirá ocupando el apartamento del ático —señaló con el pulgar hacia el cielo raso— y sin pagar un penique.

—Es una decisión sabia, Julian —aprobó O'Brian.

Nora regresó con el servicio del té y las galletas de jengibre. O'Brian mordió una e hizo una mueca beatífica. Nora se cubrió la boca para reír, halagada y divertida. Se marchó tras servir las tazas de humeante té.

—¿Cómo han ido las cosas en estos primeros días de trabajo como director de la Casa Neville? —se interesó el irlandés.

Porter-White torció la boca en una clara expresión de descontento.

—Tenemos que revertir de inmediato el retiro de depósitos, una hemorragia constante de oro que terminará por desangrarnos, sin mencionar la cuestión del papel moneda con el que mi suegro inundó las calles de Londres.

—Y de otras ciudades —le recordó O'Brian—. ¿Muchos están solicitando su conversión en oro?

—La muerte de sir Percival y el encierro de Manon en un loquero han sido muy perjudiciales para nuestra reputación —argumentó.

—Lo sé —acordó el irlandés—. No se habla de otra cosa. Pero no olvides que la Casa Neville tiene espaldas para soportar el retiro de varios depósitos. Se dice que las existencias auríferas son enormes. Poco a poco los chismes cesarán y la Casa Neville volverá a funcionar como siempre.

—Estoy de acuerdo contigo, Paddy. Sucede que las existencias que poseemos en el tesoro están acabándose y no consigo acceder a las de la bóveda, las verdaderas existencias auríferas de la Casa Neville.

O'Brian hizo un ceño, de pronto alerta, y se movió hacia delante, buscando intimidación.

—¿Cómo? ¿Tú no puedes acceder a la bóveda? —Porter-White negó con un movimiento casi imperceptible—. ¿No tienes la llave? —susurró el irlandés con un tono incrédulo.

—Según Bauer y Chichister, existen tres llaves: una la tenía mi suegro, otra Belloc, su hombre de confianza, y la última Manon. No hemos encontrado ninguna de las tres.

O'Brian se repantingó contra el respaldo en una actitud de franco desconcierto.

—Es de no creer —murmuró y asumió un aire meditabundo—. Imagino que Belloc se niega a entregarte su llave —adujo de repente.

—Belloc ha desaparecido, al igual que la abuela de Manon. No sabemos dónde se encuentran. Estoy seguro de que no se han movido de Londres. Jamás la abandonarían.

—¿Has consultado con un cerrajero? Creo que no te queda otra alternativa que forzar la cerradura.

—La bóveda posee un sistema endiablado. Es casi imposible forzarlo.

—Haz un hueco en la puerta —sugirió O'Brian.

—La puerta misma es casi infranqueable. Varias capas de hierro y hojalata y, entre ellas, tablones de gruesa madera empapada en alumbre y cubierta por una arcilla especial, mezclada con grafito y mica, esto último para proteger el contenido de la bóveda en caso de incendio. —Lanzó un bufido y se recostó contra el respaldo—. Me he informado bien durante estos días en los que he buscado desesperadamente una solución.

—Haz un hueco en el muro —insistió O'Brian.

—La bóveda no es una habitación, sino una caja gigantesca construida con paredes de hierro. Es infranqueable —admitió con aire vencido—. Forzar la cerradura es la única opción. Es cuestión de encontrar el cerrajero adecuado o consultar al fabricante. Tarde o temprano, lo conseguiré.

—Solo que precisas que sea más temprano que tarde —le recordó el irlandés.

—Ya —admitió Porter-White—. Otra alternativa sería conseguir que Manon me confiase dónde escondió la llave. Podría ir a visitarla a Bedlam y preguntarle.

—Podrías intentarlo —dijo O'Brian con acento cauto—. Sin embargo, dudo de que ella quiera confiártelo.

—En sitios como Bedlam, hay métodos para lograr que las personas se muestren dispuestas a colaborar.

O'Brian guardó silencio y fijó la vista en la del flamante director de la Casa Neville, que se la sostuvo con un gesto de intencionada neutralidad.

—Está en juego la Casa Neville —se justificó tras esa pausa silenciosa—. Estoy seguro de que no será necesario llegar a métodos extremos. Manon no querrá que el banco de su familia se derrumbe en una quiebra ignominiosa. Entrará en razón y me dará la llave.

—Solo que ha perdido la razón, Julian. Al menos eso se asegura en los periódicos.

—Yo mismo la vi desvariando tras la muerte de sir Percival. Un espectáculo lamentable. Pero cambiemos de tema —propuso repentinamente y sonrió—. Hablemos de las cuestiones que nos conciernen. Hablemos de la mina del Famatina. Tengo buenas noticias —anunció—. He recibido carta de mi asistente. Por fin logró reunirse con Rosas a principios de diciembre.

—¿Y? —se animó el irlandés—. ¿Cómo ha ido el encuentro?

—A Rosas no le cayó en gracia enterarse de que no contaba con la garantía de la Casa Neville, problema que ya he subsanado. Mi primer acto como director de este banco ha sido extender la garantía para la Río de la Plata Mining & Co. La he despachado en las sacas de un clíper que zarpará desde Liverpool en unos días.

—Tal vez el bergantín en el que viajan nuestros mineros y la garantía que zarpará desde Liverpool llegarán casi al mismo tiempo a las costas de Sudamérica —calculó el irlandés, animado.

—Ojalá así sea —deseó Porter-White.

* * *

Alrededor de las dos de la tarde, Porter-White y O'Brian decidieron concurrir a la sede de la bolsa, a unas calles de la Casa Neville. Había nevado, y el aire gélido les golpeó el rostro al poner pie fuera de la sede del banco. Se arrebujaron en sus redingotes e iniciaron una caminata enérgica mientras seguían hablando del emprendimiento minero. A O'Brian lo preocupaba el pago de los primeros dividendos, cuya fecha se aproximaba. Su incauto socio lo había anunciado en la prensa sirviéndose de un artículo del periodista Benjamin Disraeli.

—Dijiste que los pagarías con los ingresos obtenidos de la venta de nuevas acciones —le recordó el irlandés.

—Ahora que comenzaremos a ofrecerlas sin necesidad de ocultarnos, la venta aumentará ostensiblemente —se justificó con un optimismo inquebrantable.

Porter-White entró en el edificio de la bolsa y el murmullo se acalló durante un par de segundos. Las miradas de los agentes y de los especuladores se dirigieron a él. No lo sorprendió. Los escándalos de la familia Neville eran la comidilla del momento. A la conmoción que había significado la muerte repentina de un hombre sano y vigoroso como sir Percival se le sumaba la declaración de insania de su hija, la heredera del imperio Neville. La reacción de la bolsa había sido más que comprensible, y no solo la de Londres. La onda destructiva había cruzado el canal y provocado caídas en los precios de los bonos y de las acciones en París, Fráncfort y Nápoles, donde la Casa Neville tenía sus otras sedes.

Se dedicó a conversar con los brókeres más prestigiosos para infundirles seguridad: la Casa Neville seguía siendo digna de confianza; el timón estaba en manos seguras. Aprovechó también para promocionar las maravillas de la Río de la Plata Mining & Co. y para prometer grandes riquezas a los que se sumasen a la explotación del cerro Famatina. No se olvidó de mencionar el hecho de que pronto pagarían los primeros dividendos. Sus palabras se repetían como un eco dentro del recinto de la bolsa, que se tradujo en un aumento de la venta de las acciones a un precio cercano a la par. Abandonó el recinto de la bolsa bastante conforme.

Apenas salió, alguien le tocó el brazo, no un roce propio del gentío que se agolpaba a esa hora en Capel Court, sino un apretón deliberado.

Se volvió rápidamente. Era Catrin, la ayuda de cámara de Manon y su espía en Burlington Hall, la mansión de los Neville. Hacía más de una semana que la joven había desaparecido. Le indicó con un ademán de la cabeza que lo aguardase. Se despidió de Patrick O'Brian con la promesa de encontrarse para almorzar al día siguiente. Se aproximó a la muchacha y, mientras simulaba consultar la hora en su reloj de leontina, le susurró:

—Ve a la taberna The City of London y dile a cualquier camarero que vas de mi parte, que te ubiquen en el saloncito dorado. En un rato me reuniré allí contigo.

Faltando pocos minutos para las cuatro de la tarde, Porter-White entró en la famosa taberna y se dirigió al salón privado que los camareros, gracias a sus generosas propinas, mantenían libre para él. Catrin se puso de pie al verlo entrar. Le indicó con la mano que se sentase.

—¿Dónde te habías metido? —le recriminó.

—Tuve que huir. La señora Marta Ibáñez y Piana, mi antigua patrona, me vio con la señorita Manon. Supe que, apenas tuviese oportunidad, le iría con el cuento de que me había despedido por ladrona. No tuve alternativa.

Porter-White asintió sin mirarla mientras se quitaba los guantes. Meditaba las consecuencias de la huida de la joven.

—Estando de ese modo las cosas —dijo Porter-White con acento desapegado—, no tengo otra alternativa excepto que despedirte. Ya no me eres de utilidad.

—Antes de huir, me enteré de algo succulento —se apresuró a confesar Catrin—, algo que podría ser de extrema importancia para su señoría.

—Dímelo.

—No sin obtener algo a cambio.

—¿Qué?

—Deseo seguir trabajando en Burlington Hall.

—Manon ya no vive allí y dudo de que regrese.

—Lo sé. Sé que está en Bedlam. Podría ser la ayuda de cámara de la señora Alba —propuso—. Soy muy buena. La señorita Manon siempre me decía que hacía los mejores tocados. Además —agregó con un acento conspirativo—, la señora Alba no sabe que hablo y leo en español.

«La ayuda de cámara de Alba», repitió Porter-White para sí. Estaba claro que no podía confiar en su hermana; lo había traicionado con sir Percival.

—Muy bien, te pondrás al servicio de Alba. Ahora dime lo que sabes.

—No antes de que me asegure el puesto con ella.

Porter-White sonrió con malicia. Era rápida, la muy zorra. Por eso mismo era una buena espía. Asintió. Un rato más tarde, y tras haber convencido a Alba de que la aceptase como su nueva camarera, Catrin le confió una noticia inesperada.

—El prometido de la señorita Manon y la señora Alexandrina tuvieron un hijo.

—¿Estás segura? —Catrin asintió—. ¿Qué más has podido averiguar?

—Que la señora Alexandrina lo abandonó en un convento de Dublín. La señorita Manon contrató a alguien para que lo buscase y se lo trajese.

—¿Alguien? ¿A quién?

—No entendí su nombre —admitió la joven.